



Se han desarrollado muchas investigaciones para conocer las causas que establecen las diferencias en la productividad de las personas.

En el ejercicio laboral se puede observar fácilmente la gran variedad de resultados, desde los de mayor calidad hasta el desperdicio y la mediocridad. Sin caer en los extremos, en el quehacer diario de la gente se puede observar lo mismo: familias exitosas y otras fracasadas, comunidades que avanzan y otras que no, deportistas que superan sus propios records y muchos que no salen de lo rutinario, por mencionar sólo unos ejemplos.

¿Qué hay detrás de cada una de esas conductas? La diferencia en el rendimiento humano, en la calidad de la productividad y en definitiva en la obtención o no de la felicidad estriba en una sola cosa: la motivación, la pasión por lo que hacemos, la conciencia de agregar un extra para convertir en extraordinario, lo ordinario.

Ese querer hacer, que nos empuja hacia la meta que se anhela alcanzar. Esa fuerza interior capaz de vencer los obstáculos, porque los presenta ante nuestra mente más pequeños que el objetivo que se quiere lograr. Ese impulso que guía y sostiene nuestro comportamiento hacia el logro. Eso es la motivación; un motivo en acción, algo que nos mueve y que se mueve en una determinada dirección.

¿Y cómo se produce esa fuerza dentro de nosotros?

Como dice el viejo refrán: "todo lo que se, lo aprendí en preescolar", obviamente debe estimularse desde la más temprana edad la actitud positiva, el esfuerzo y sobretodo el deseo de hacer cada cosa bien. Todo eso bajo un sistema de reconocimiento para que el niño experimente la felicidad del logro y las victorias internas de cumplir las pequeñas metas cónsonas con su edad.

Cuando un niño aprende a apreciar la calidad de lo que hace y se siente responsable porque todo lo que sale de él es su propia creación, además de ir incrementando su autoestima, se va sintiendo motivado hacia ese querer hacer bien (bienestar) y hacia el bien ser. Y es como un espiral; a mayor metas alcanzadas, mayor deseo de lograr otras, aparte de la profunda satisfacción interior que por si mismo produce el bien hacer en el alma de cada persona, porque el hombre por su naturaleza intrínseca está hecho para el bien y para la bondad

Ahí está la clave, ser responsable de la huella que dejamos en cada ser humano y en el mundo a través de nuestras palabras y obras. Una huella de calidad, que proviene de ese querer el bien y hacer lo mejor en todo, que se convierte en un paradigma de vida.

Sienta la pasión por la vida y coloque el mayor entusiasmo en lo que hace y la motivación estará a su lado siempre.

Prof. Ramona de Febres

Directora-Editora